

Julio Loras Zaera

Sobre la agresión: el pretendido mal

Noviembre de 2021.

Ese es el título (en español, en alemán se reduce a la primera parte) de un conocido libro de Konrad Lorenz, uno de los padres de la etología. Se publicó originalmente en alemán, en 1963, y en 1968 ya había tenido veintidós ediciones. Ha habido traducciones a decenas de idiomas y sigue reeditándose. No creo que sea por su valor científico, que a mi juicio lo tiene, y mucho, aunque sea un libro divulgativo, sino más bien por el tema que trata, un tema polémico donde los haya. En este artículo pretendo comentarlo y dar unas pinceladas referentes a las causas de la polémica y al papel de la ideología en relación con la ciencia.

El libro de Lorenz es muy ameno, con multitud de ejemplos que apoyan su teoría y digresiones sobre la conducta humana. Lo cual, paradójicamente, lo hace algo difícil de leer y de seguir en sus razonamientos. A no ser que uno se lea el índice, con lo que se hace una idea del camino que siguen esos razonamientos. Podría decirse que su estilo es empirista, yendo de los hechos y las observaciones a las conclusiones, con una cierta fruición por la aportación de hechos, lo cual le acerca al estilo de Darwin. Por cierto, que solo al estilo, pero no al pensamiento. Cuando Lorenz pergeñó el libro, era reciente la aceptación del darwinismo en conjunción con el mendelismo y el pensamiento de Darwin no era bien entendido del todo, ni siquiera por la mayoría de biólogos y naturalistas. De ahí que el libro esté lleno de explicaciones basadas en “el bien de la especie” o “la conservación de la especie” en vez del bien de los individuos que perfectamente puede ir en detrimento del bien de la especie. Todos los casos que presenta se podrían explicar perfectamente sustituyendo “el bien de la especie” por el bien de los individuos, sin necesidad de cambiar nada más. Su mal conocimiento del pensamiento darwiniano se hace más evidente cuando trata lo que llama selección intraespecífica. Por los ejemplos que pone, no se trata más que de lo que Darwin llamó selección sexual en su aspecto de lucha entre los machos por el acceso a las hembras. La trata como algo funesto para la especie desarrollando una agresividad que llega a ser incontrolable. También habla de selección intraespecífica en nuestra especie, deplorando sus consecuencias.

Aunque no lo dice con estas palabras, para Lorenz los movimientos instintivos vienen causados por complejos circuitos neuromusculares que se activan ante determinadas señales del medio que los desencadenan. El de agresión lo tienen los animales territoriales, ya sea permanentemente territoriales, territoriales estacionalmente o en momentos muy concretos (aquí cita el caso de los estorninos, que vuelan en bandadas de miles de individuos, pero que cuando se posan, a base de picotazos y amenazas, se distribuyen guardando una distancia regular entre ellos). La agresión se produce de tal manera que el individuo que se acerca al territorio de otro resulta menos agresivo que el “dueño” de ese territorio, que es el que se muestra más agresivo, de manera que el primero huye; pero cuando este se acerca a su propio territorio y el perseguidor se aleja del suyo, cambian los papeles. Este instinto tiene como consecuencia una distribución espacial óptima y un buen reparto de los recursos.

Cada especie tiene de inicio una serie de instintos diferentes, que según Lorenz son independientes y actúan como un parlamento, con interacciones diversas, desde la

cooperación a la inhibición, según los instintos y las circunstancias. También explica cómo se controla la agresión en el apareamiento, en la crianza y en las especies sociales.

No explicaré más, porque creo que lo mejor es que las personas interesadas, sobre todo si son amantes de lo que antes se llamaba historia natural, lean en libro. Creo que disfrutarán.

El libro tiene dos capítulos finales dedicados a nuestra especie. En ellos es manifiesta su preocupación, que mantuvo desde joven y a lo largo de toda su vida, por la “degeneración” de nuestra especie debida a la civilización, que entendía como autodomesticación. En los inicios de su carrera publicó un artículo sobre gansos salvajes, domesticados e híbridos. Sus observaciones le hicieron llegar a la conclusión de que la domesticación alteraba los instintos haciendo que los animales adoptasen conductas incoherentes y mal ajustadas al medio. Además de eso observó que los animales híbridos tenían “programas” instintivos incoherentes. Hablaré más abajo de ello en relación con su pasado nazi. Creo que el error de Lorenz respecto a la domesticación estaba en considerar la civilización como autodomesticación. En la domesticación se modifican los instintos ajustándose a los fines del domesticador y esto necesita generaciones de selección; entretanto, las conductas instintivas se pueden hacer erráticas. Los perros, que fueron domesticados hace decenas de miles de años, tienen instintos coherentes y no tienen buena parte de los instintos de los lobos, de los cuales proceden, conservando solo aquellos que nos son útiles a los humanos. Seguro que al principio de la domesticación sus “programas” instintivos eran poco ajustados, tanto a su medio primitivo como al humano. Sobre nuestra “domesticación”, no entiendo quienes fueron los domesticadores.

Por otra parte, esos capítulos sobre nuestra especie, en los que expresa la situación tal como la veía y propone soluciones a nuestra agresividad del tipo de la carrera espacial y los deportes, me parecen bastante ingenuos y sobre todo me parece que da un salto ilegítimo de los otros animales al animal humano. En todos los capítulos dedica un espacio a nuestra especie, pero se cuida mucho de dejar claro que se trata de analogías, como cuando compara las libreas de los peces con nuestros semáforos, y no de homologías. Eso me parece legítimo, en la medida en que se trata de comparaciones de estructuras que sirven a necesidades de mismo tipo, en este ejemplo, la comunicación. Pero en los capítulos finales no es tan prudente e incluso trata las guerras, sobre las que antropólogos, historiadores y científicos sociales tanto se han esforzado en encontrar luz, como manifestación del instinto agresivo. No dudo que debemos tener ese instinto, pero me parece que explicar las guerras por el instinto de agresión no aclara nada las cosas, más bien las oscurece. No es que crea que no sea legítimo buscar explicaciones de nuestra conducta en la conducta de otros animales. Lo que me parece improductivo es hacerlo sin tener en cuenta la complejidad de nuestra conducta y que sobre ella inciden muchos factores que no inciden en la de otros animales. Lorenz entra en ello, como se suele decir, como un elefante en una cacharrería, metiéndose en el primer agujero que ha encontrado y creyendo que es la única entrada.

Yo creo que debemos de tener, como todos los animales con sistema nervioso central, algunos instintos, entre ellos el de agresión. Pero los instintos, como dice Lorenz, actúan como un parlamento y de manera independiente, dominando unos u otros respondiendo a desencadenantes diferentes ofrecidos por factores externos. Así, la agresión puede verse anulada por el miedo o por las señales de apaciguamiento de las personas

agredidas, o verse redirigida hacia objetos diferentes del que ha desencadenado la agresión, como nos muestra el libro que sucede en otros animales. Ahora bien, también creo que la existencia de esos instintos se manifiesta en las relaciones interpersonales, aunque puede ser aprovechada por personas o grupos manipuladores con intereses distintos de la agresión en sí, es decir, políticos o económicos, para promover movimientos mesiánicos con chivos expiatorios o la guerra. En este sentido, lo único que me convence de esos dos capítulos finales es su explicación de cómo se construyen movimientos mesiánicos, aunque no explica sus causas ni las circunstancias en que se producen.

Este libro, y en general el pensamiento de Lorenz, fue muy criticado, sobre todo en los años setenta. Entre esas críticas las hay de dos tipos: una izquierdista y otra que podríamos llamar humanista, e incluso en algún caso de matriz religiosa. Ambos tipos de crítica atacan su extensión de la etología a la conducta humana.

La crítica izquierdista estuvo muy bien representada por Giuseppe di Siena, que publicó un extenso ensayo sobre el asunto en una revista cultural de izquierdas italiana, *Ideologie*, con el título “Ideologías del biologismo”. El ensayo tiene una primera parte que denota un buen conocimiento de la etología y que no cuestiona la labor de Lorenz en ese campo. En la segunda parte, dedicada a nuestra especie, mezcla a Lorenz con otros, señaladamente el periodista sensacionalista Robert Ardrey, que se hizo famoso con sus libros sobre “el mono asesino” partiendo del descubrimiento en Sudáfrica de un cráneo de australopiteco con señales de golpes de piedra, como si esos golpes solo hubieran podido ser producidos por un agresor conoespecífico. Lorenz nada tiene que ver con eso, era un científico, con las ideas políticas que fuera, pero un científico y no un agitador cultural. La crítica de Di Siena, que considera a Ardrey, Lorenz y otros como servidores del “sistema”, termina con un llamamiento a obviar la etología en el caso humano y a trabajar con el materialismo histórico como única explicación de nuestras acciones. Se tenga la opinión que se tenga sobre la utilidad del materialismo histórico, no me parece una buena idea obviar la etología si queremos explicar nuestra conducta.

Del segundo tipo de crítica es exponente un filósofo catalán, Ramon Alcoberro, que en su blog *Filosofía y pensament* ha publicado varios artículos críticos con Lorenz. En uno de ellos, con una deshonestidad intelectual indigna de un filósofo o, por lo menos, con un desconocimiento total de las complejas relaciones entre ciencia e ideología, se ceba con la pertenencia de Lorenz al partido nazi en los años treinta y relaciona su teoría con ello. Sin embargo, no es cierto que las ideas de Lorenz fuesen solo propias de los nazis. En esos años y también posteriormente hasta bien entrados los años setenta, ideas sobre la “degeneración”, sobre lo negativo de la mezcla de razas y sobre el instinto de agresión eran moneda corriente entre la flor y nata de los biólogos. Como ejemplos, Sir Peter Medawar, T. H. Morgan o Theodosius Dobzhansky, que no fueron nazis ni tan solo antidemócratas. Aparte de eso, la crítica de Alcoberro en el tema de la agresividad se centra en una supuesta justificación del chivo expiatorio, en una muestra clara de que o bien no ha leído a Lorenz o bien su honestidad intelectual deja mucho que desear, por decirlo suavemente. Y aduce la función simbólica que poseemos los humanos como causa de la violencia entre nosotros en determinadas circunstancias, como si la función simbólica nos liberara de los instintos, cosa que está por demostrar, y como si la función simbólica y los instintos no pudiesen interactuar o complementarse, cosa que habría que demostrar.

A Ramon Alcoberro solo le falta invocar a la divinidad para separarnos radicalmente de los otros animales, ya que además de filósofo es teólogo. Y algo de ello hay en lo de la función simbólica.

Konrad Lorenz fue miembro del partido nazi hasta el final de la II Guerra Mundial, teniendo alguna responsabilidad menor en él, por ejemplo como ayudante de un psicólogo encargado de evitar los matrimonios entre arios y eslavos, y lo ocultó durante mucho tiempo. Pero después de la guerra sus ideas cambiaron en algunos aspectos, hasta el punto de que fue fundador del Partido Verde austríaco. Pero algunas de sus ideas no cambiaron desde que las expuso en sus primeros trabajos. Uno de ellos es el que he mencionado sobre los efectos de la domesticación en los gansos. La idea de la degeneración no le abandonó nunca, aunque, con los avances en biología en cuanto a las variedades, las especies y la especiación abandonando la idea de que las especies son simples variedades más acusadas y que los cruces intervarietales no tienen los problemas de los cruces interespecíficos, porque las variedades de una especie comparten “programas” instintivos, mientras que las especies no lo hacen, ya no fue más defendida por él.

El trabajo científico de Lorenz es de gran altura. Alguno diría que a pesar de su ideología. Yo estoy más inclinado a creer que su ideología le ayudó a centrarse en temas como la agresión, que a otras ideologías más “buenistas” les repelía. Esta idea me vino sugerida por un ensayo de Stephen Jay Gould titulado “La montaña de almejas de Leonardo” en el que explica lo que llevó a Leonardo da Vinci a una teoría sobre la formación de los fósiles de su tierra: su lucha contra una concepción del mundo que encontraba símbolos dirigidos a nosotros en la Naturaleza y en favor de otra que la consideraba ajena a nosotros. Fue esa segunda concepción la que le llevó al descubrimiento del origen de los fósiles. Otro ejemplo de influencia beneficiosa de la ideología, de la filosofía en este caso, es el estímulo que supuso para los padres de la etología el idealismo trascendental kantiano, no tanto en su faceta de idealismo como en la postulación del conocimiento a priori: Tinbergen y Lorenz se sintieron estimulados a formular la hipótesis de sistemas nerviosos que incorporan ciertas imágenes del medio de la especie y que le sirven para reaccionar adecuadamente.

Quiero decir que, en contra de lo que se suele afirmar, la ideología no siempre es un obstáculo para la ciencia. A veces le proporciona un impulso y me parece que el de Lorenz es uno de esos casos. Me parece plenamente legítimo, siempre que oriente la investigación, pero no el método ni las conclusiones.